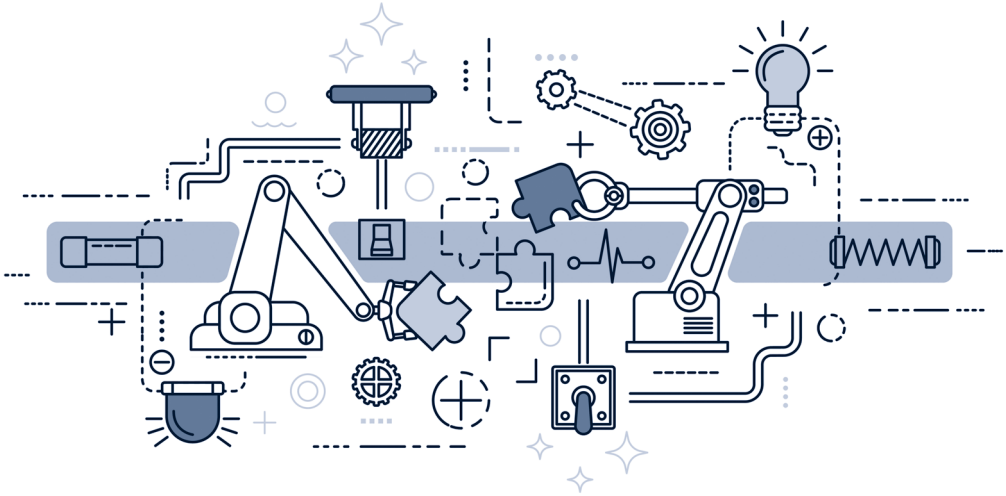
¿Estamos preparados para el trabajo del futuro? ¿Estamos preparados para el futuro del trabajo?

EN LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS HEMOS ASISTIDO A CAMBIOS TECNOLÓGICOS INIMAGINABLES. HOY EN DÍA ES DIFICIL SEÑALAR LOS LÍMITES DE LA TECNOLOGÍA

PABLO ESCUDERO



En 2001, el famoso inventor, experto en computación e inteligencia artificial y actual jefe de ingenieros de Google, Raymond Kurzweil, ya advirtió que en el siglo XXI experimentaríamos no 100 sino 20000 años de progreso tecnológico (de acuerdo con el ritmo de aquel entonces). Esta afirmación iba en línea con su Ley de rendimientos acelerados, según la cual el análisis histórico de la tecnología ha demostrado que el desarrollo tecnológico es exponencial, y no lineal, como nuestra percepción comúnmente nos hace ver. Si bien tal afirmación sonaba y todavía suena algo exagerada, en los últimos veinte años hemos presenciado cambios que a duras penas podíamos imaginar, y hoy en día es muy difícil afirmar con certeza dónde están los límites de la tecnología.

Históricamente, en la discusión sobre el impacto que tiene la disrupción tecnológica en la sociedad, el principal objeto de análisis ha sido su efecto sobre el empleo. Así fue a partir de la década de los cincuenta, cuando la automatización de las fábricas dejó sin empleo a cientos de miles de personas, y así está siendo ahora que, con la irrupción de sistemas y maquinas cada vez más sofisticados e inteligentes, las preguntas sobre si los robots nos van a robar el empleo se han convertido en el *trending topic* de la conversación. Y si bien es cierto que la pasada ola de automatización creó más empleos de los que se perdieron, y disparó la productividad y el crecimiento económico, con la capacidad productiva de las nuevas generaciones de máquinas se prevé un impacto mucho mayor en el mundo del trabajo.

La capacidad productiva de las nuevas generaciones de máquinas tendrá un mayor impacto en el mundo del trabajo

El profesor de la Universidad de Málaga, Ignacio Falgueras-Sorauren, señala que “la cotidianidad del trabajo y la urgencia por obtener los resultados derivados del mismo son impedimentos habituales para que el hombre se tome el interés y el tiempo que el estudio a fondo de esta actividad humana requiere”. Hasta ahora la competitividad y la búsqueda de la

mayor productividad posible justificaban un modelo de organización del trabajo en el que muchas personas ejercen actividades de carácter puramente mecanicista.
Sin embargo, la vulnerabilidad de este tipo de empleos ante la irrupción de las nuevas tecnologías obliga a que sea necesario replantear qué aspectos ocasionan que nuestro trabajo escape de la instrumentalidad propia de las máquinas. Este ensayo encuentra en este contexto una oportunidad para definir, de acuerdo con las aportaciones realizadas por autores del Instituto Empresa y Humanismo y emparentados, qué hace que el trabajo sea "humano", permitiéndonos dar cauce a nuestra propia riqueza interior a la vez que servimos a los demás.

La vulnerabilidad de los empleos puramente mecanicistas obliga a replantear qué aspecto del trabajo humano lo distingue de la instrumentalidad propia de las máquinas

¿CÓMO HA IDO CAMBIANDO LA NOCIÓN DEL TRABAJO?

No han sido pocos los autores que, en distintos tonos y épocas, han intentado definir qué es trabajo. En la Antigua Grecia, la noción del trabajo se reducía, casi exclusivamente, a los trabajos físicos y manuales, propios de la esclavitud. Entonces el trabajo se contemplaba como una actividad del hombre de segundo nivel, un indicador de menor rango social. Aristóteles, máximo exponente del pensamiento griego en esta materia, distinguía entre labores serviles (trabajo en sentido estricto) y el ocio, espacio para las operaciones intelectuales y el obrar moral.
En el contexto social grecorromano existía una clara desvinculación entre el hombre y su dignidad como persona. La libertad, elemento clave de la dignidad, correspondía a los "hombres libres" y no al hombre como tal. Tal vínculo es introducido por el cristianismo, que considera a todo ser humano digno por su condición de persona, pues ha sido creado a imagen de Dios. Todos los hombres son iguales en cuanto a ser personal. Esa índole personal implica determina que todas las actividades profesionales puedan participar de la excelencia constitutiva de la persona.
Partiendo de la dignificación que otorga el ser personal, Tomas de Aquino sugirió una serie de ideas que hoy en día son claves en la concepción cristiana del trabajo. Aquino sigue un planteamiento parecido al de Aristóteles al diferenciar las acciones inmanentes, aquellas que permanecen dentro del sujeto y lo perfeccionan, de las transeúntes, que tienen un resultado externo. Sin embargo, a diferencia de Aristóteles, Aquino consideraba ambas igualmente dignas, por ser expresión del ser personal del hombre. En ambas queda impresa la huella personal de su artífice, permitiendo al hombre proyectarse al mundo. Aquino siguió asociando el concepto de trabajo a las tareas manuales, pero consideraba compatible la contemplación con el trabajo, una idea hasta entonces descartada por el pensamiento clásico.
Sin embargo, la estructura jerárquica de la sociedad de aquel entonces, primero feudal y después estamental, basada en la herencia y no en la competencia, seguía relegando a las personas de menor rango social a las actividades más manuales. El trabajo, reducido a la labor física, seguía contemplándose como una carga impuesta y

un indicador de bajo status. Por lo tanto, si bien el pensamiento cristiano presentaba las bases que constituyen nuestra noción actual del trabajo, históricamente no se dieron las condiciones para que cuajara hasta entrado el siglo XX. Mientras tanto, la concepción aristotélica mantuvo su influencia hasta la Edad Moderna. En esta época comenzaron a invertirse los preceptos del pensamiento clásico, para exaltar así el trabajo en detrimento del ocio. Opuesta a la filosofía del comprender, vinculada a la contemplación, Descartes propuso lo que el filósofo Tomás Melendo (1990) denomina "la ciencia para manipular". Ésta promovía que la técnica y el trabajo buscasen hacerse dueños de la naturaleza, con el fin de responder a las necesidades materiales humanas.

A diferencia de lo propuesto por Aristóteles, la más noble actividad humana no está en la contemplación, sino en la adquisición de conocimiento técnico para la manipulación. Dejando a un lado la capacidad contemplativa, el hombre es incapaz de advertir un sentido en el universo que transcienda lo material. La observación del universo se centra en aquello que puede ser manipulable, los elementos materiales, ignorando así los elementos del ser humano propios del espíritu.

Esta noción reducida del trabajo, orientada a un fin exterior (*poiesis*), estaría presente en la concepción smithiana del trabajo. Para Adam Smith, el trabajo empezaba y acababa con la labor física, por lo que, si no producía algo material (un bien físico), no generaba ningún valor. El trabajo adquiría así un carácter medial, pues es un medio para la obtención de bienes materiales que, a su vez, sirven de

Las concentraciones urbanas y de trabajadores provocadas por la Revolución Industrial centraron el análisis social en la figura del trabajador

medio para la obtención de riqueza. Desde su punto de vista, el trabajo no puede ser un fin como tal, pues solo puede tener como fin algo externo a él. De esta forma, el verdadero fin, la riqueza, poseería una dignidad de la que el trabajo, entendido como mercancía, carece.

Las concentraciones urbanas y de trabajadores provocadas por la Revolución Industrial, centraron la atención del análisis social en la figura del trabajador. De esta forma, ésta pasa a ocupar un espacio de mayor relevancia en las dinámicas sociales, que aún mantiene hoy en día. El marxismo, a pesar de convertirse en el estandarte de la "lucha obrera", seguía presentando una noción incompleta del trabajo. Si bien persigue un fin que transciende lo material, el de la consecución de un orden socioeconómico que, desde su punto de vista, logre el bienestar de la sociedad, la actividad en sí no repercute en el agente. El trabajador sigue limitándose a modificar la materia sin que la actividad deje huella en él, en pos de un objetivo futuro que históricamente se ha demostrado complicado de lograr. En parte gracias al afán de la época moderna por perfeccionar la técnica, el hombre fue cada vez más consciente del valor del proceso intelectual en sí mismo. Así, poco a poco, se vence la oposición clásica a considerar la actividad intelectual trabajo. Además, la figura del trabajador va adquiriendo tal relevancia en la estructura social, que la actividad profesional pasa a ser un elemento clave en la identidad de la persona. El trabajo es percibido como definitorio del status social del individuo, de su rol dentro del conjunto de la sociedad. Todo esto provocó que hoy en día el trabajo sea comúnmente considerado no solo una actividad necesaria para lograr el sustento físico, sino un fin en sí mismo, un espacio para la realización personal y para la participación en la sociedad. Sin embargo, todavía son muchas las personas cuya actividad profesional no se realiza en las condiciones necesarias para desarrollar el sentido humano del trabajo.

¿QUÉ HACE "HUMANO" AL TRABAJO?

La filósofa y activista política francesa Simone Weil señalaba que el "desarraigo del hombre que trabaja" se produce cuando el hombre no considera como propia la actividad. El tra-

bajador, a cambio de un medio de subsistencia, se limita a operar siguiendo las reglas que se le imponen. En este tipo de actividad, monótona y rutinaria, el agente no hace uso de su capacidad intelectual.

Carlos Llano identifica un problema similar cuando se separa el trabajo directivo del operativo. Para Llano, el trabajo directivo incluye aquellas acciones que no siguen reglas fijas y cuyo resultado es incierto; aquellas acciones en las que prevalece el querer del sujeto, su voluntad. De esta manera, las consecuencias de la acción repercuten más en el agente que en el objeto externo. En cambio, el trabajo operativo es aquel que sigue reglas conocidas, fijadas por el trabajo directivo, y cuyos resultados son generalmente seguros. La actividad operativa proyecta sus efectos más sobre el objeto que sobre el sujeto, por lo que el sometimiento a las leyes del objeto prevalece sobre la voluntad. Llano indica que, si el hombre es solo operador y se dedica a seguir reglas ajenas, su trabajo no lo distingue del animal. Además, el hombre operador no encuentra en el trabajo espacio para el obrar moral, pues éste, similar al trabajo directivo, se caracteriza por no seguir reglas y por estar sujeto a la voluntad. Por otro lado, la división estricta entre trabajadores operadores y trabajadores directivos contamina la labor directiva, pues ésta se reduce a "controlar" al operador.

El economista Miguel Alfonso Martínez-Echevarría no considera trabajo la actividad que se limita a la ejecución, sino labor. Define ésta como el proceso de interacción con el medio que tiene como objetivo el sustento físico; un proceso propio de los animales. En cambio, el trabajo es "el modo en el que el hombre asume la labor en el plano de la vida humana, que es el plano del conocimiento y de la libertad". El hombre realiza la labor en el trabajo, pero éste nunca es labor pura, simple ejecución, pues está abierto al diseño y a la intención. El diseño por su naturaleza permite al hombre superarse en el trabajo, y el trabajo, como espacio de realización y desarrollo personal, se abre al obrar moral.

La actividad operativa proyecta sus efectos sobre el objeto, por lo que el sometimiento a las leyes del objeto prevalece sobre la voluntad

El trabajo, por lo tanto, es un acto que implica el uso de la inteligencia y la voluntad, y que permite al hombre perfeccionarse y realizarse. Sin embargo, no hay que olvidar la dimensión social que la propia naturaleza del hombre confiere al trabajo. Ninguno de los autores hasta ahora mencionados ignora este aspecto. Llano propone que, para hacer directivo el trabajo del hombre, este debe ser capaz de: o bien de fijar él mismo las reglas (lo cual no siempre es posible); aceptar las del otro como propias; o determinarlas en consorcio. Por su parte, Martínez-Echevarría sostiene que el trabajo, como el conocimiento, es inclusivo por su propia naturaleza. Como Rafael Alvira señala, "trabajar es actividad humana, y toda acción propiamente humana es comunicativa de un modo u otro". Esta dimensión social no se limita al aspecto colaborativo que se da en el marco del trabajo. Mediante el trabajo participamos en la vida social y aportamos a los fines del resto. En línea con el pensamiento cristiano, Leonardo Polo sostiene que el trabajo humano, además de ser un acto personal perfectivo del agente, es un acto de servicio para el otro. Según Polo, está en la naturaleza del hombre perfeccionar lo que le rodea a la vez que se perfecciona a sí mismo. Esta idea del trabajo como servicio a los demás se extiende al fin de la empresa. Enrique de Sendagorta, fundador de SENER y antiguo presidente del Instituto Empresa y Humanismo, destacaba la idea de servicio como primer término de la actividad empresarial. Para Sendagorta, si bien el beneficio es necesario para lograr los fines económicos de la empresa y cubrir las necesidades de los que participan en ella, adquiere sentido precisamente porque contribuye a la labor de la empresa como servicio: "El beneficio da la medida de la aceptación de los servicios

de la empresa por la sociedad; se gana porque se sirve. Además, se gana para elevar el nivel de vida de todos los que intervienen en la empresa; se gana para servir".
Por lo tanto, Alvira resume de la siguiente manera el significado espiritual del trabajo:

> El trabajo es una actividad mediante la cual el hombre mejora este mundo y a sí mismo, pues en el trabajo se ejercen las virtudes morales, lo cual transforma al hombre interiormente, mejorándole; además, todo trabajo bien hecho y realizado con una dimensión de servicio constituye un regalo para los otros.

EL FUTURO: ¿UNA OPORTUNIDAD PARA EXTENDER EL SENTIDO HUMANO DEL TRABAJO?

Enrique de Sendagorta (2004) advertía que "en la sociedad liberal actual el valor social del trabajo se expresa casi exclusivamente por su valor financiero, cuando es fundamental que se considere en su sentido completo". Muchos trabajadores son considerados tan solo un medio para los fines de otros, y no un fin en sí mismos. El trabajador no se reconoce a sí mismo en el trabajo, pues su actividad profesional no repercute en ellos más allá del sustento económico.
Irónicamente, el afán por lograr la máxima productividad, que redujo y sigue reduciendo muchos puestos de trabajo a la mera instrumentalidad, podría ser lo que ahora libere al trabajador de las tareas más monótonas y repetitivas. Los trabajos más físicos son y serán los primeros afectados a corto plazo por la irrupción de las maquinas. El abandono de los trabajos más rutinarios abrirá la puerta al desarrollo de aquellos aspectos del ser humano que nos diferencian de las máquinas.
Sin embargo, el avance tecnológico no se quedará ahí. Las máquinas se volverán cada vez más inteligentes de tal manera que incluso grandes especialistas, como los médicos, deberán ceder cada vez más partes de su trabajo a la tecnología. Por lo tanto, parece que, en el futuro, entender y definir qué constituye el trabajo humano será crucial para evitar convertirnos en simples apéndices de una máquina.
El desarrollo de aspectos propiamente humanos como la creatividad, el sentido de propósito, el obrar moral o el servicio a través del trabajo, será clave para descubrir aquellos trabajos en los que no podremos ser sustituidos. En el análisis futuro de las nuevas formas de trabajo, deberán valorarse no solo sus aspectos técnicos u operacionales, sino también su aportación al fin del trabajo humano: el perfeccionamiento del hombre y el servicio a los demás •

Irónicamente el afán por lograr la máxima productividad podría ser lo que libera al trabajador de las tareas más monótonas y repetitivas

PARA SABER MÁS: Alvira, Rafael (2007), "División del trabajo y organización política. Un intento de formalización", en González Enciso, Agustín, *Más allá de la división del trabajo*, EUNSA, Pamplona, pp. 71-81; Falgueras, Ignacio (2007), "Los problemas de las nociones clásicas de trabajo y riqueza en economía", en González Enciso, Agustín, *Más allá de la división del trabajo*, EUNSA, Pamplona, pp. 166-200; Kurzweil, Ray (2001)m *Kurzweil Accelerating Intelligence*. Obtenido de Essays: https://www.kurzweilai.net/the-law-of-accelerating-returns (7 de Marzo de 2001); Lázaro, Raquel (2003), "Trabajo y espíritu", en Herrero, Montserrat, *Sociedad del trabajo y sociedad del conocimiento en la era de la globalización*, Pearson Educación, Madrid, pp. 55-68; Llano, Carlos (1990), *El trabajo directivo y el trabajo operativo*, Cuadernos Empresa y Humanismo, vol. 9; Martínez-Echevarría, Miguel Alfonso (2003), "El problema de la distinción entre labor y trabajo", en Herrero, *Sociedad del trabajo y sociedad del conocimiento en la era de la globalización*, Pearson Educación, Madrid, pp. 17-24; Melendo, Tomás (1990), *Elementos configuradores de la actual valoración del trabajo*, Cuadernos Empresa y Humanismo, nº 19; Melendo, Tomás (1990), *La índole personal del trabajo humano*, Cuadernos Empresa y Humanismo, vol. 21; Polo, Leonardo (1989), *Ricos y Pobres. Igualdad y desigualdad*, Cuadernos Empresa y Humanismo, vol. 11; Polo, Leonardo (2012), *Filosofía y Economía*, EUNSA, Pamplona; Sendagorta, Enrique de (2004), *El afecto a la empresa*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid.

FOTO: Página 23: https://www.freepik.es/vectores/ordenador'>Vector de Ordenador creado por macrovector - www.freepik.es. Página 24: Santo Tomás de Aquino en la imagen de Gentile da Fabriano (alrededor de 1400) (Creative Commons).